

en sus manos quizá con buena fe, pero que no deja por esto de ser altamente funesta á la religión y al Estado. ¿Hubiera Napoleón firmado el concordato, si hubiese escuchado los consejos de hombres preocupados de lo que se llamaban las libertades de la Iglesia galicana, y que celaban con más cuidado contra las pretensiones de la Curia, que contra las doctrinas de Lutero, ó la filosofía de Voltaire? es bien cierto que no. Lo propio sucederá a nuestros gobernantes, sea cual fuere el color político á que pertenezcan: mientras intervengan en el negocio hombres que sepan de memoria para recitarlos á cada paso todos los motivos de queja que han tenido contra Roma los reyes de España, desde Pelayo hasta Isabel II; mientras los encargados de negociar reciban sus inspiraciones de teólogos cavilosos, de canonistas tercicos, que quizás al discutirse los grandes intereses de la nación saquen á plaza sus pequeños rencores, queriendo también poner en balanza los agravios que se imaginen haber recibido; mientras esto se verifique, los negocios con Roma no se arreglarán jamás; á unas desavenencias seguirán otras, y no se alcanzará otro resultado que enconar los ánimos y aplazar indefinidamente un arreglo decisivo. Es menester grabar profundamente en el ánimo, que en semejantes circunstancias no se trata de disputar sino de negociar, que no se trata de salir airoso en los escaños de una academia, sino de sacar una nación de un estado sumamente peligroso, restituyendo á las conciencias la calma perdida, extirpando un vivo germen de discordias civiles.

En vista de lo que está sucediendo en Portugal, y teniendo en cuenta otras consideraciones que no es oportuno exponer aquí, abrigamos algún recelo de que aun cuando se suponga resuelta la cuestión política en un sentido favorable á lo que desean las altas potencias de Europa, no fuera tan seguro, como algunos se figuran el feliz desenlace de la cuestión eclesiástica. Mucho nos engañamos si los manejos de la Inglaterra y las susceptibilidades de un monarca del Norte, heridas por la reciente alocución

del Sumo Pontífice, no se hacen sentir algun tanto en este negocio; y hacemos de antemano esta observación para que no se extrañen las nuevas complicaciones que impensadamente se podrían ofrecer. ¿Quién sabe cuál es la mano oculta que impide la definitiva reconciliación de Portugal con la Sede Apostólica? Esta misma mano, ¿no podría también dañarnos á nosotros? ¿Sería imposible que existiese un plan de arrancar la Península entera á la influencia de Roma, ora introduciendo abiertamente el cisma, ora procurando el establecimiento de diferentes religiones, que aun cuando no encontrasen ningún eco en la generalidad de la nación, sirviesen á lo menos para quebrantar esa inestimable unidad que es tan precioso tesoro, hasta limitándonos al orden puramente social y político?

Lo hemos dicho y lo repetimos, consideramos como poco menos que imposible el restablecimiento de las buenas relaciones con Roma, hasta llegada la mayor edad de la Reina; pero opinamos que es muy prudente y hasta necesario el preparar con tiempo los ánimos para que entonces se verifique el ansiado acuerdo con la mayor prontitud posible. En otro artículo desenvolveremos más extensamente nuestras ideas sobre tan grave é importante materia.—*J. B.*

MEDIOS MORALES QUE DEBE EMPLEAR CATALUÑA

PARA EVITAR SU DESGRACIA Y PROMOVER SU FELICIDAD.

Explicando en otro lugar la verdadera inteligencia de la palabra *civilización*, y señalando un tipo al que debiera encaminarse la sociedad para perfeccionarse más y más cada día, dijimos que esta perfección consiste: *en la ma-*

yor inteligencia posible, para el mayor número posible; en la mayor moralidad posible, para el mayor número posible; en el mayor bienestar posible, para el mayor número posible. La sociedad que descuida uno cualquiera de estos extremos falta á su instituto y labra su propia ruina. La inteligencia no está reñida con la moralidad, y ambas pueden enlazarse con el bienestar; en desapareciendo uno de ellos la sociedad está enferma, y para más ó menos tarde, su sosiego está en peligro.

Sin la inteligencia falta la luz, y por consiguiente el acierto en la dirección; sin la moralidad, falta la ley, es decir la regla; sin bienestar, hay descontento, desazón, inquietud, gérmenes de injusticia, violencias y trastornos.

Recorriendo la historia á la luz de estos principios echaríase de ver, que no pocos de los males que han afligido la humanidad, han tenido su origen en el descuido del simultáneo fomento de cada uno de estos bienes, y de que se promovía el uno, sin dar al otro el conveniente impulso. No es menester un profundo conocimiento de las ciencias sociales y políticas para convencerse de la verdad y exactitud de estas observaciones; basta el simple sentido común, y una mediana atención á lo que nos está enseñando la experiencia. Tomad un individuo cualquiera, y suponed que en él se haya desarrollado mucho la inteligencia, sin que al propio tiempo se haya arreglado y fortalecido su espíritu con las creencias religiosas y las máximas morales; ¿qué sucederá? es muy obvio: cuanto mayor sea su inteligencia, mayores serán los recursos que sabrá excogitar para satisfacer sus pasiones; y por consiguiente, á igualdad de circunstancias, será más perverso que otro que no posea en tanto grado la inteligencia. Imaginaos ahora un individuo en quien la moralidad se halle muy arraigada, pero que esté falto de las luces necesarias para el desempeño de las funciones de su profesión ó estado: este individuo podrá ser tan apreciable, tan respetable como se quiera, por las buenas calidades de su corazón; pero adolecerá del inconveniente de no servir para el objeto á que

está destinado: no obrará mal, pero tampoco producirá bien, á no ser en la esfera de su persona, y con relación á aquellos actos para los cuales bastan la rectitud de intención y los buenos deseos. Dad á un individuo la inteligencia ó la moralidad, pero de manera que le falte el bienestar y que se halle acosado por imperiosas necesidades; si posee la inteligencia sola, estad seguros que echará mano de cualquier medio para procurarse lo que necesita; y si tiene la dicha de hallar un freno en la moralidad, no dejará por esto de sentirse vivamente tentado de desviarse de sus reglas, y corre no poco peligro de sucumbir tarde ó temprano. Si al contrario suponéis en un hombre el bienestar, faltándole empero la inteligencia y la moralidad, entonces veréis la brutal estupidez que se entrega sin tasa á todo linaje de placeres, que no levanta su vista más alto de lo que le señalan sus goces, y que considera limitado el mundo entero al estrecho ámbito en que se revuelve su miserable egoísmo. Aun cuando el bienestar se considere unido con la inteligencia, es un germen de vicios y de maldades, si está separado de la moralidad. Disfraces astutos cubren entonces la corrupción más asquerosa; pero el mal nada pierde de su repugnante realidad, por más que se le apellide con hermosos nombres, y se le oculte con velos brillantes.

Fácil es inferir que los resultados que dan para un individuo las combinaciones arriba indicadas, deben producirlos igualmente con respecto á la sociedad; y que una vez conocida la dirección que á ésta se comunica en uno y otro sentido, puede conjeturarse el término á que será conducida.

Aplicando estos principios á Cataluña, claro es que no debe satisfacerse con el empleo de los medios materiales, ni limitarse á una prudente conducta en el orden político; pues que ni uno ni otro de ambos extremos llenan las condiciones requeridas para la perfección de su estado social. El fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, si bien no dejará de contribuir al desarrollo intelec-

tual de los moradores del Principado, considerándole empero aisladamente, quedará circunscrito á determinada esfera, servirá á lo más para aumentar algún tanto el bienestar material; mas no conducirá por sí solo á la mejora de las costumbres, ni á extender y afirmar la moralidad entre los pueblos. El mismo adelanto creará nuevas necesidades, ofrecerá complicaciones difíciles, presentará problemas de escabrosa resolución relativos á la organización del trabajo, y á la justa y equitativa distribución de sus productos, sin que por esto suministre por sí solo ninguna precaución contra los peligros, ni remedio ó alivio en los males que de él se habrán originado.

Conviene pues sobre manera no limitar la vista al orden puramente material, es preciso extender más allá la mirada, y ver si mientras es tiempo, nos sería dable preservarnos de las calamidades que por semejantes causas están sufriendo otras naciones. La experiencia que nos ofrece la Europa en aquellos países donde más se han desarrollado los intereses materiales, puede servirnos de mucho, recibiendo escarmiento en cabeza ajena.

Generalmente hablando, puede decirse que las sociedades modernas se ocupan con demasiado ahinco del desarrollo de la inteligencia y del bienestar material, sin atender cual conviene al fomento de la moralidad. Y aun no es exacto el decir que se afanan por adquirir ese bienestar, entendiéndolo con relación al mayor número; pues si bien se observa, lo que procuran es *producir*, y miran como objeto secundario la saludable y equitativa distribución de los productos. No desconocemos los muchos trabajos que han visto la luz pública en estos últimos tiempos para remediar un mal de tanta gravedad y trascendencia; pero es preciso confesar que el movimiento está por ahora limitado en demasia á la región de las ideas, que no ha descendido bastante á la práctica, y que las sociedades obedeciendo al funesto impulso que se les ha comunicado, prosiguen en su peligrosa carrera.

La Inglaterra y también la Francia nos dicen lo que se-

rá de nosotros, si continuando empeñados en promover exclusivamente la industria y el comercio, nos olvidamos de comunicar al pueblo una ilustración sana, fundada en principios religiosos y morales; si no atendemos como es menester á la preparación de combinaciones justas y oportunas, que sin atacar la propiedad, sin herir ningún derecho, sin menoscabar intereses legítimos, no permitan que la clase pobre se sumerja en aquel estado de abatimiento, postración y miseria, en que la contemplamos sumida en las naciones que se jactan de marchar á la cabeza de la civilización, y particularmente en aquella que se aventaja á las demás en adelantos industriales.

Aun prescindiendo de los inconvenientes y peligros que semejante situación acarrea, es doloroso por cierto que los adelantos y prosperidad de la industria hayan de compararse con la miseria de infinidad de familias. Desgraciado progreso de la sociedad el que produce la desdicha de tan crecido número de individuos; triste aumento de la población si se aumenta proporcionalmente el número de los infelices. A pesar de toda la brillantez, de todo el oropel que en los países muy adelantados oculta el infortunio del mayor número, á pesar de la prosperidad y poderío que ostentan esas naciones, nosotros no concebimos la humanidad sin los hombres, no vemos verdadera prosperidad y ventura en aquélla, cuando éstos viven sumidos en la postración y abatimiento de la miseria.

Afortunadamente no existe todavía entre nosotros el pauperismo propiamente dicho: el país no está saturado de población, y los abundantes veneros de riqueza que nos restan aún por explotar, serán bastantes á preservarnos de este mal durante largos años. Si nos referimos á la generalidad de las provincias del reino, dedicadas casi exclusivamente á la agricultura, claro es que no encontraremos ni aun la posibilidad del pauperismo moderno, hasta que comiencen á tomar movimiento y á dar alguna mayor importancia al desarrollo y aumento de la riqueza. No sucede empero así con respecto á Cataluña; y si bien es cierto

que el Principado participa todavía de ese desahogo en que vive la clase popular en España, es evidente también que andando los años se presentarán entre nosotros los mismos problemas sociales que agobian á otros países y amenazan comprometer su porvenir.

Ni será parte á librarnos de esta calamidad la situación excepcional en que nos encontramos con respecto á las otras provincias de la monarquía; antes bien esta circunstancia podría agravar el mal y dificultar su remedio. En Inglaterra notamos que en ciertos distritos manufactureros se experimentan á menudo la mayor carestía y miseria, cuando otras comarcas distan mucho de hallarse con necesidades tan apremiadoras; y hasta en Francia se echa de ver, que en los departamentos del Norte donde ha progresado la industria, sufre la clase pobre privaciones mucho más duras que la del Mediodía, ocupada principalmente en el cultivo de los campos. De la propia suerte fuera muy posible, que mientras las provincias del centro y norte de España, y las de Andalucía, Valencia y Aragón se encontrasen á corta diferencia con los mismos medios que disfrutan ahora, hubiesen sobrevenido en Cataluña complicaciones graves é infaustas que le acarreasen la miseria que tan lastimosamente aflige á otros países.

La España se ha quedado muy rezagada en todo lo relativo al fomento de los intereses materiales y particularmente de la industria; y si bien es verdad que semejante atraso es bajo ciertos aspectos un mal, podría fácilmente trocar en un bien; pues que de esta manera tendremos la oportunidad de observar lo que ha sucedido á los que iban delante, y tomar, con tiempo, las debidas precauciones. No cabe duda en que la necesidad estimula y precisa á resolver las más difíciles problemas, y que no siempre es ventajoso para ocuparse cual conviene de ellos, el mirar todavía muy lejos los peligros; pero también es cierto que los apuros y agobios extravían no pocas veces el juicio, y hacen cometer las mayores imprudencias. Además que el ser tan lejanos los males indicados sólo tiene

lugar por lo que toca al resto de España, pero nó por lo relativo á Cataluña, pues aquí van ya tomando las cosas el mismo sesgo que en los demás países. Por lo que está sucediendo ahora, no es difícil calcular lo que sucederá en lo venidero cuando la gravedad del daño venga á exasperar los ánimos, agriando las querellas presentes y suscitando otras nuevas.

Los hombres que se interesan por el bienestar y prosperidad de la industriosa Cataluña, aquellos que sin olvidar su título de españoles, recuerdan con orgullo y placer el de catalanes, es necesario que atiendan con particular cuidado á los indicados riesgos; mayormente siendo muy probable que en España no se verificará lo que en otras naciones, á saber, que de la capital salen los proyectos, los planes, los medios de ejecución para remediar ó atenuar esta clase de males; sino que es muy regular y poco menos que cierto, que los catalanes seremos entregados á nuestra propia suerte, sin que haya siquiera quien nos aconseje y dirija. Conviene no perder de vista que Cataluña es la única provincia que participa propiamente hablando del movimiento industrial europeo: y así solo en ella se presentarán los nuevos problemas sociales; nó en las demás, que á excepción de cierto movimiento febril y somero que se observa en la estrecha esfera de la política, continúan en todo lo demás como allá en el reinado de Carlos II. Cuando se pasa de Cataluña al extranjero, nada se observa que no sea una especie de continuación de lo que aquí se ha visto. Diríase que el viaje se hace dentro una misma nación, de una á otra provincia; pero al salir del Principado para lo interior de España, entonces parece que en realidad se ha dejado la patria y se entra en países extraños.

Desgraciadamente se ha introducido en Cataluña el germen de funesta discordia, y se ha presentado de esta suerte bajo aspecto muy difícil y en extremo desagradable, el problema de la organización del trabajo, aun antes que lo apremiador de las necesidades nos pusiese en apuros se-

mejantes á los que están sufriendo otros países. A pesar de esta observación no desconocemos la gravedad del mal, y conceptuamos que quizás no siempre le han comprendido en toda su extensión, aun los mismos que más han declamado contra él. Por de pronto se echa de ver, si se reflexiona sobre el negocio con ánimo sosegado, con sinceridad y buena fe, que han andado muy errados los que han pretendido encerrar en la esfera política la cuestión que aquí se agitaba. Verdad es que las circunstancias en que se ha encontrado y se encuentra todavía la nación, y la posición excepcional de Cataluña, hacen excusable la equivocación indicada; pues que han dado margen á que se confundiesen las ideas y no pudieran deslindarse cual conviene dos órdenes de hechos, que á pesar de haber estado y estar todavía contiguos, son no obstante del todo diferentes.

Las revoluciones son para los pueblos una escuela de durísimos escarmientos, y así no pocas veces aprenden en ellas lo que de otra suerte hubiera sido difícil enseñarles. Por desgracia es muy raro que la generación que las atraviesa pueda aprovecharse de la costosa lección; porque envuelta en la polvareda de los disturbios y aturdida con la gritería de los combatientes, se le hace muy difícil el ver las cosas como son en sí, y mucho más el poner en planta los consejos de la prudencia. Los hechos desfilan á sus ojos en tan confuso tropel, tan desfigurados por la exaltación de las pasiones y de los intereses de los partidos, que llega á serle tarea extremadamente penosa el empeño de formar juicio verdadero y cabal sobre lo mismo que está presenciando.

Es muy dañoso al tratarse de aplicar un remedio, el no conocer debidamente el carácter y la extensión del mal, y sobre este particular llamamos muy especialmente la atención de todos los interesados en este asunto, amonestándolos de la necesidad en que se encuentran de examinar á fondo la situación y relaciones de las dos clases: ricos y pobres, amos y jornaleros. El error arriba insinuado ha hecho

que en ciertas ocasiones las miradas de unos y otros se fijasen quizás demasiado en la arena política, esperando que de la derrota ó victoria en este palenque habia de resultar por precisión la resolución adversa ó favorable en todo lo demás que se disputaba. No altercaremos sobre las ventajas ó desventajas que á estos ó á aquellos traer pudiera este ó aquel sistema político; no nos detendremos en señalar los yerros que en esta materia se hayan cometido, ni tampoco queremos entrometernos en dar consejos á ninguno de los contendientes, sobre la línea de conducta que les importa seguir; pero sí que nos permitiremos observar á unos y á otros, que no deben alimentar esperanzas de encontrar en el terreno de la política la resolución del problema, y que es menester buscarla en otra parte.

Se nos dirá que en vano nos empeñaríamos en separar estas dos cuestiones, puesto que es más claro que la luz del día haber corrido parejas repetidas veces, sirviendo ora de lazo de fraternidad para unirse y formar alianzas más ó menos duraderas, ora de palanca para conmovir y de ariete para derribar. Por andar juntas dos cosas, no se infiere que sean una misma, ni que la existencia de la una tenga con la otra necesario enlace. Las turbulencias y revoluciones políticas no siempre crean los hechos que en ellas se presentan; sucede á menudo que no hacen más que revelarlos, aumentarlos, irritarlos tal vez; pero tanto distan de ser aquéllas las causas de éstos, que antes al contrario éstos son las causas de aquéllas. Así por ejemplo, nos lamentamos del despilfarro de la administración, del sinnúmero de empleados, de la infinidad de cesantes, achacando á la revolución el habernos traído tan funesta plaga; pero no advertimos que si bien esto es verdad hasta cierto punto, no lo es menos que ese desgobierno, ese desorden administrativo, esa muchedumbre de empleados han originado en buena parte las revoluciones mismas, y son en la actualidad su pábulo principal, cuando no el único. Quien confundiese el sistema administrativo con el sistema político por haberlos visto siempre juntos durante

nuestras discordias, se equivocaría lastimosamente cuando buscarse el remedio de nuestra administración en el terreno de la política. De la propia suerte acontece en lo demás; siendo de advertir que en tiempo de discordias, se emplea para herir al enemigo lo que primero viene á la mano; y es necesario distinguir siempre lo que hay de verdad en el fondo de las cosas, y lo más ó menos que se las exagera cuando se les hace servir como arma de oposición. Ni conviene dar excesiva importancia á la hiperbólica ponderación de los partidos ó facciones, ni es justo ni prudente despreciar lo que sus quejas y reconvenciones encierran de fundado y verdadero.

No basta hacerse ilusiones achacando á hombres turbulentos las conmociones populares, ni tampoco el atribuir á interesados designios de nacionales y extranjeros la discordia funestamente introducida; todo esto podrá ser tanta verdad como se quiera, pero quejas semejantes adolecen del inconveniente de no ser más que palabras, de no conducir á nada.

Si se examinan á fondo todas las revoluciones, todas las turbulencias que nos presenta la historia, notaremos que siempre se ha verificado que algunas cabezas volcánicas y ambiciosas les daban el primer impulso y les comunicaban movimiento y brío; que las naciones rivales ó enemigas, interesadas en dividir para debilitar, se aprovechaban de las coyunturas y procuraban atizar el fuego de la discordia. Pero ¿cuál es el deber, cuál el interés, cuál la necesidad de los que sufriendo el daño tratan de evitarle ó atenuarle? este deber, este interés, esta necesidad, son el buscar con la detención debida las causas interiores del mal, aplicarle el conveniente remedio, que si radicalmente no lo cura y extirpa, al menos lo alivie y disminuya. Así, y sólo así, se neutralizan, se desbaratan las intrigas interiores y exteriores; así, y sólo así, se remedian los males presentes y se precaven los futuros.

La clase rica de Cataluña y particularmente la de Barcelona, debe elevarse á la altura indicada en las observacio-

nes que preceden, considerando que su situación es más crítica de lo que á primera vista pudiera parecer. Si la industria catalana recibe el temido golpe; si un tratado de comercio ó una imprudente modificación del arancel, destruyen en un día el fruto de tantos sudores, y disipan el objeto de tan halagüeñas esperanzas; si en consecuencia se halla Cataluña en apremiadora estrechez, en agobiador apuro, no sabiendo en qué ocupar á millares de brazos, ni cómo acudir al socorro de innumerables familias condenadas á perecer de hambre, atravesaremos necesariamente una crisis formidable que no nos dejará siquiera el consuelo de su brevedad. Los capitales que no naufraguen se verán precisados á tomar nueva dirección ó á esconderse volviendo otra vez á las arcas; pero el desgraciado jornalero que no cuenta con otro recurso que el trabajo de sus manos, que para sustentar su numerosa familia no tiene otro auxilio que sus brazos, este infeliz no podrá aguardar en calma el fruto que resulte de las especulaciones que en adelante se excogiten, no podrá suportar largo tiempo la incertidumbre, las dilaciones, los sacrificios que exigirá la creación de nuevas industrias; al día siguiente de faltarle el trabajo se hallará sin pan: y entonces volviéndose á las clases ricas les dirá: « mis hijos tienen hambre y yo también: ni yo ni ellos debemos perecer.»

Si al contrario la industria catalana se salva, si atraviesa sin notable daño la crisis que sufre y el riesgo que corre, si alcanzando los capitales alguna mayor seguridad, afianzándose algún tanto el orden público, y presentando la generalidad de la nación un aspecto lisonjero ó siquiera menos repugnante, llegamos á tener un gobierno sabio y previsor, firme sin obstinación, fuerte sin violencia, prudente sin debilidad; si á favor de tal conjunto de circunstancias la industria catalana es protegida y fomentada cual conviene, y se desarrolla y progresa en el alto grado de que todas las apariencias la muestran susceptible, entonces la clase rica de Cataluña y especialmente la de Barcelona, podrá encontrarse en nuevos compromisos que le

importa precaver á tiempo. Entonces conjeturando lo que sucederá aquí por lo que en otros países ha acontecido, con el aumento de la industria crecerá la población, será mayor el número de los pobres, y más dura su pobreza. No es este el lugar, ni cumple tampoco á nuestro propósito, de señalar las causas de tan doloroso fenómeno; bástanos consignarle aquí para llamar la atención de los interesados y convencerlos de la importancia de tomar las precauciones convenientes evitándose males de la mayor trascendencia.

¿Cuáles son, se nos preguntará, esas precauciones? ¿cuáles son los medios de que puede echarse mano para lograr el deseado objeto? ¿cuál es la conducta que deben observar los ricos con respecto á los pobres? Reservándonos para otro artículo el desenvolver más nuestras ideas, las formularemos por hoy en breves palabras: *hacerlos buenos, y hacerles bien.*—J. B.

POLÉMICA RELIGIOSA.

SEGUNDA CARTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

MULTITUD DE RELIGIONES.

Voy á pagar, mi querido amigo, la deuda que en mi anterior contraje de responder á la dificultad que V. me proponía, relativa á la permisión de Dios, sobre tantas y tan diferentes religiones. Este es uno de los argumentos que sin cesar reproducen los enemigos de la religión, y que suelen proponer con tal aire de seguridad y de triunfo, como si él solo bastara á echarla por tierra. No se crea que trate yo de desvanecer la dificultad, eludiendo el mi-

rarla cara á cara, ni de disminuir su fuerza presentándola cubierta con velos que la encubran y disfracen; muy al contrario, opino que el mejor modo de desatlarla es ofrecerla en toda su magnitud. Añadiré además, que no niego que haya en esto un misterio profuudo, que no me lisonjeo de señalar razones del todo satisfactorias en esclarecimiento de la objeción indicada; pues estoy íntimamente convencido de que este es uno de los incomprensibles arcanos de la Providencia, que al hombre no le es dado penetrar. Me parece no obstante que les hace á muchos más mella de la que hacerles debiera; y tan distante me hallo de creer que en nada destruya ni debilite la verdad de la Religión católica, que antes juzgo que en la misma fuerza de dicha dificultad podemos encontrar un nuevo indicio de que nuestra creencia es la única verdadera.

Es cierto que la existencia de muchas religiones es un mal gravísimo; esto lo reconocemos los católicos mejor que nadie, pues que somos los que sostenemos que no hay más que una religión verdadera, que la fe en Jesucristo es necesaria para la eterna salvación, que es un absurdo el decir que todas las religiones pueden ser igualmente agradables á Dios, y por fin los que tal importancia damos á la unidad de la enseñanza religiosa que consideramos como una inmensa calamidad la alteración de uno cualquiera de nuestros dogmas. Por donde se ve que no es mi ánimo atenuar en lo más mínimo la fuerza de la dificultad ocultando la gravedad del mal en que estriba; y que á mis ojos es mayor este daño que no á los del mismo que me la ofrece. Nadie aventaja ni aun iguala á los católicos en confesar lo inmenso de esa calamidad del humano linaje; porque sus creencias los precisan á mirarla como la mayor de todas. Los que consideran como falsas todas las religiones, los que se imaginan que en cualquiera de ellas puede el hombre hacerse agradable á Dios y alcanzar la eterna salud, los que profesando una religión que creen única verdadera, no profesan el principio de la caridad universal sin distinción de razas, pue-